

La arquitectura y el urbanismo después de la Colonia

Al terminar las guerras de independencia, el continente enfrentó el reto de transformar la arquitectura de sus ciudades, pueblos y aldeas para dar lugar a las nuevas instituciones de la república y para ajustarse a los cambios sociales. Pocos fueron los cambios al fin de la etapa colonial, pues los edificios y las casas del virreinato no fueron demolidos con la llegada de los regímenes republicanos y el estilo neoclásico se mantuvo en las edificaciones públicas. Varias de las grandes casas de élite, se subdividieron en viviendas para familias criollas. Así como cambió el régimen político, las ciudades comenzaron a transformarse lentamente.

Con el comienzo de la revolución en Europa desde 1820, se dio una gran transformación en el uso de técnicas y materiales de construcción de edificios públicos y casas, así como los diferentes estilos arquitectónicos. La inestabilidad política en América Latina impidió obtener los materiales y los adelantos en el terreno urbanístico suficientes que beneficiaran a todos los sectores de la población.

En las ciudades y el campo, las casas de los sectores populares conservaron los materiales como el adobe y los tejados en arcilla, según un modelo de carácter colonial, que mantuvo niveles de salubridad deficientes y reducidos espacios privados al interior. Los viejos edificios coloniales se caracterizaron por tener muchos adornos en sus fachadas, con algunos símbolos religiosos. Con un novedoso impulso republicano, el estilo neoclásico permitió albergar a las nuevas instituciones estatales.



El Palacio de Gobierno de Carondelet en Quito, Ecuador es de estilo neoclásico. Fue construido a comienzos del siglo XIX.

Crecimiento urbano

En 1840, el artista inglés Edward Mark pintó varios de los edificios públicos de Bogotá y de pueblos como Fómeque, Ubaque, Guaduas, Honda, Ambalema, Santa Marta y Cartagena. En sus cuadros se evidenciaron los pocos cambios que había sufrido la arquitectura de la Gran Colombia luego de la independencia. Sin embargo, algunos cambios comenzaban a darse en el terreno de los edificios públicos y de los espacios abiertos, llegando a transformar la forma de habitar y construir las ciudades del continente y sus nuevas repúblicas. En ciudades como México, La Habana, Buenos Aires, Santiago de Chile, Lima, Río de Janeiro y Sao Paulo, la arquitectura se transformó gracias a la influencia europea y el acelerado crecimiento poblacional.

A las antiguas plazas coloniales se les adornó con nuevas rejas, prados y flores al estilo francés, además de las estatuas a los próceres de las guerras de independencia. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, varios edificios y casas coloniales habían sido demolidos para crear alamedas, avenidas y ejes urbanos para los nuevos habitantes de las ciudades. Las nuevas construcciones fueron influenciadas por las ideas republicanas relacionadas con la democracia y la ciudadanía. La influencia de la arquitectura francesa e inglesa se impuso en la década de 1840, cuando se comenzaron a intervenir los viejos patios y zaguanes coloniales, con la mezcla de estilos clásicos, cercanos a la arquitectura griega y romana, con grandes columnas y algunas innovaciones que más adelante serían atribuidas a la arquitectura ecléctica.



La herencia colonial arquitectónica se conserva en la mayor parte del continente latinoamericano.

Bogotá luego de la Independencia

Desde finales del siglo XVIII, el virreinato realizó planos de Bogotá con el fin de enumerar las entradas a la ciudad de una posible insurrección o ataque. La ciudad se extendía de norte a sur desde la calle 1 y hasta la calle 26 y de oriente a occidente desde la carrera 1 a la 14. En 1810, Vicente Talledo y Rivera dibujó un plano de la ciudad en el que incluyó una descripción de los cerros orientales y de los ríos y quebradas que allí se encontraban. En su plano resaltó las quebradas de San Diego, San Bruno, San Juan y los ríos San Francisco, San Agustín, Santa Catalina y Fucha.

En realidad, a comienzos de la década de 1820, con la llegada de la independencia, no se dieron grandes cambios arquitectónicos, en cuanto a construcción de nuevos edificios. Las grandes casas coloniales fueron divididas y los edificios fueron utilizados para las instituciones republicanas, pero el principal cambio se dio en el nombre: desde el 17 de diciembre de 1819, la capital pasó a llamarse Bogotá, sin la referencia colonial de carácter religioso de *Santa Fe*, y a manera de homenaje a las creencias muiscas. Los barrios habitados del centro, La Candelaria, Las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino, no se transformaron demasiado. Sin embargo, en La Catedral se comenzaron a albergar las sedes de varias instituciones públicas e iglesias, además de las casas de los pisos de las familias más ricas, pues era una zona con abastecimiento de agua organizado. A mediados del siglo XIX aparecieron nuevos barrios, a raíz de la llegada de habitantes del campo.

En los cerros orientales se fundaron los barrios de Las Aguas, Las Cruces, Egipto y Chapinero, en donde se albergaron artesanos pero también se construyeron grandes casas de campo para las clases altas.



La Plaza Mayor fue el espacio del Mercado entre 1560 y 1861, y permitió el encuentro e intercambio entre todas las clases sociales.

En 1818, el pintor Francisco Javier Caro realizó un plano de Bogotá en el que aparece, por primera vez, la Quinta de Portocarrero, que luego pasó a ser llamada la Quinta de Bolívar. Los primeros mapas de esa ciudad republicana enumeran las iglesias, los monasterios, los conventos, las plazas, los edificios públicos, la biblioteca pública, el primer cementerio llamado *El Elíptico* y las ruinas del palacio del virrey. Para la década de 1820 se puede hablar de algunos cambios en las fachadas y en el interior de las casas: las antiguas edificaciones coloniales, hechas con muros de tapia y adobe, fueron decoradas con papeles de colgadura y cielos rasos con adornos. Además, se le colocó vidrio a los corredores y los balcones.

En 1832, José María Lans realizó un plano con el que se ve el incremento en la construcción de casas con grandes espacios y divisiones internas, como galerías, salones de encuentro y salones para comer. Sin embargo, se evidencia la poca construcción de nuevos espacios públicos. El Capitolio Nacional empezó a ser construido el 20 de julio de 1846, por orden del presidente Tomás Cipriano Mosquera, pero el proceso se extendió hasta 1926 debido a la inestabilidad política del país. Ese mismo año de 1846, se instauró la estatua de Simón Bolívar en el centro de la Plaza Mayor, en donde también se celebraban tertulias semanalmente y se albergaba el mercado, cada viernes, con venta de varios alimentos. Algunos de los más importantes bienes y productos de consumo fueron la carne de res y cerdo, tocino y longaniza, pescado seco, panela, azúcar, sal, especias y raíces.



Acuarela de José Manuel Groot, "Mercader de carne y de grasa en el mercado de Bogotá" 1835